

# EL ESPIRITU DE GLASSBORO

por **EDUARDO HARO TEGLEN**

EN la jerga diplomática se habla ya del «espíritu de Glassboro» o del «espíritu de Holly Bush», como se habló en 1959 del «espíritu de Camp David», tras la entrevista que celebraron allí Krutchev y Eisenhower. Es inútil recordar la serie de acontecimientos dramáticos y espectaculares que atizaron, después de Camp David, la hoguera de la enemistad entre Estados Unidos y la URSS. Es, además de inútil, pesimista. Hace presuponer que ese nuevo «espíritu» de la entrevista en el Colegio de Holly Bush, en la tranquila y atónita ciudad de Glassboro, entre un ambiente de honorable fiesta campestre y de feria aldeana, puede estar empañado. El término «espíritu» es ya, de por sí, un poco inquietante. Se habla del «espíritu» de la reunión porque no se puede hablar de la «letra». El «espíritu» fue cordial, amistoso, conciliador; de la «letra», se dice que fue nula. Lo dijo Johnson, en su conferencia por televisión: dijo que había sido una entrevista «histórica», pero que no se habían alcanzado «acuerdos importantes». Lo dijo Kosiguin en su conferencia de prensa: dijo que no hay que pensar que las dos grandes potencias se hayan puesto de acuerdo para dominar el mundo. Tras las diez horas de conferencia, en dos jornadas separadas por un sábado de descanso y turismo —Kosiguin voló a las cataratas del Niágara en un avión de las fuerzas armadas norteamericanas; en un avión como los que cada día bombardean el Vietnam— la preocupación primordial de los dos estadistas es la de explicar que «no ha pasado nada».

Las acciones simultáneas y consecuentes de la URSS están justificadas por un deseo de no asustar a sus aliados. Mientras Kosiguin estaba en Nueva York y en Glassboro, Podgorny —jefe del Estado soviético— volaba a El Cairo, con una impresionante misión militar, para respaldar a Nasser. Kosiguin mismo iría después a La Habana para asegurar a Castro de la no existencia de un pacto que pudiera significar una venta de Cuba a los Estados Unidos, y a Francia, donde De Gaulle temblaba porque el entendimiento de la URSS y los Estados Unidos le pudiera desbaratar su política de arbitraje y equilibrio. Johnson, por su parte, enviaba a Saigón a McNamara para que Ky y Westmoreland tuvieran la seguridad de que no hay retirada del Sudeste asiático. Por el contrario, se habla de una nueva escalada. Westmoreland pide que haya bajo sus órdenes un ejército de 600.000 hombres en la primavera próxima; tiene ahora 463.000, y va a tener antes de fin de año 485.000 —sin contar con los aviadores de las bases de Thailandia ni con los marinos de la Séptima Flota estacionada en el Golfo de Tonkin—. Los bombardeos prosiguen, y la URSS acusa a los Estados Unidos de haber alcanzado un nuevo barco soviético con sus proyectiles. En resumen, se trata de evitar el «pánico de la paz». La bolsa de Nueva York va bien cuando la guerra es más dura, cuando hay más amenazas para la paz. El «espíritu de Glassboro» le ha proporcionado algunas pérdidas.

La contradicción de la situación es ésta: se trata de establecer el apaciguamiento entre las dos grandes potencias, de alejar el riesgo de un conflicto atómico, pero, al mismo tiempo, se necesita dar la sensación de que el acuerdo es frágil y provisional, de que aquellos países que viven en el filo de la guerra y la paz no van a perder su raro equilibrio, no van a caer. Los dos puntos neurálgicos del Globo, el Oriente Medio y el Vietnam, no han encontrado, hasta ahora, alivio real en sus tensiones. Por el contrario, sus condiciones de riesgo se han acentuado. Si Washington ha llevado a Saigón la seguridad de que la guerra va a proseguir, Kosiguin y Podgorny han acreditado un apoyo a El Cairo que no fue tan vivo y tan directo en los momentos en que más lo necesitaba.

Este movimiento de apoyo político, económico y militar se apoya en varias bases. Una de ellas es la de fortalecer a Nasser, gravemente dañado en su prestigio personal por la derrota del Sinaí. Ya Bumedian trataba de disputarle el puesto de guía de la nación árabe con su viaje a Moscú y con su actitud combativa. Ha tenido ahora que aplazar sus aspiraciones. El segundo motivo es el de restablecer la confianza en la URSS que los países árabes y, en general, las naciones del tercer mundo habían comenzado a perder tras la insuficiencia de movimientos de apoyo en los momentos de la batalla de junio. Quedan dos, muy importantes. Uno de ellos es el de dar la sensación a Israel, y al mundo reunido en la Asamblea General, que si no se llega a un acuerdo justo y pacífico en Oriente Medio, si las tropas israelitas no se retiran a sus puntos de partida y no renuncian a su ánimo expansionista y al sueño de establecer su capital en Jerusalén, la guerra puede volver a comenzar. No olvidemos que la guerra no ha terminado. Se ha decretado un alto el fuego, interrumpiendo una batalla recién comenzada; si ese alto el fuego no conduce a una negociación de paz satisfactoria, la guerra puede volver, puede reanudarse, con el pleno derecho de los árabes a reconquistar un territorio que el mundo anda muy remiso a devolverles. El cuarto motivo es el de hacer comprender a la RAU y sus aliados de esta guerra que la ayuda de la URSS les es imprescindible en todos los terrenos; que, sin ella, serían devorados por sus belicosos vecinos, tras los cuales alienta el gran dragón del imperialismo y del neocolonialismo; pero que esa imprescindible ayuda de la URSS se les puede retirar si no aceptan sacrificios en las negociaciones de paz. El sacrificio máximo es el del reconocimiento de la existencia de Israel. Paralelamente, el Presidente Johnson debe ejercer una presión similar sobre Israel.

La URSS puede preguntarse ahora qué resultados ha obtenido de su política de coexistencia pacífica. De hecho, se lo preguntan di-





Tras la reunión de Kosiguin y Johnson, se habló del «espíritu de Glassboro». Se hablaba del «espíritu» porque no se podía hablar de la «letra» de un acuerdo.

rectamente los extremistas del comunismo, los chinos y sus influidos. Ha conseguido que no haya guerra, y esto es trascendental para ella y para todos. Pero no ha podido detener el expansionismo global de los Estados Unidos. Los golpes de Estado, las revoluciones, las intervenciones de Estados Unidos se propagan por los países lejanos y aun en Europa —Grecia—; el mundo es ahora un poco más «americano» que hace diez años. Es cierto que en Europa los Estados Unidos han perdido influencia y prestigio como consecuencia de la política de coexistencia —de lo que se llama «falta de amenaza»—; la disidencia de Francia, la crisis de la OTAN, el desfondamiento político y económico de Alemania Federal, son algunos datos de gran importancia. Es cierto también que se desgastan en el Vietnam, que la política de dureza ha provocado una situación de disidencia interior en el país. Pero es cierto también que los actos de fuerza y de

violencia quedan sin respuesta y se perpetúan. Los diez gobiernos militares de África, la sangrienta revolución derechista de Indonesia, la intervención en Santo Domingo, el golpe de Estado de Grecia, el establecimiento de gobiernos dictatoriales en Hispanoamérica, el bloqueo de Cuba, son acciones muy determinantes de la política mundial. En este contexto, la crisis de Oriente Medio parece haber sido un punto de toque en el que la URSS ha forzado su intervención sin salir de su política de coexistencia. Es decir, tratando de ganar por la batalla diplomática lo que no ha podido evitar durante la situación de violencia. Si Kosiguin ha hecho comprender a Johnson en Glassboro que Oriente Medio es una situación-límite y que los compromisos doctrinales, estatales e internacionales de la URSS están en juego en esta crisis, la entrevista puede haber sido positiva.

(Foto CIFRA)